

## *Dos Textos Renacentistas sobre las Humanidades*

*Traducción, Introducción y Notas de Joaquín Barceló*

Ofrecemos aquí la traducción de dos escritos del humanista Leonardo Bruni: su opúsculo *DE STUDIIS ET LITTERIS* —De los estudios y de las letras— y una de sus cartas a Niccolo Strozza. El propósito de publicar estas traducciones es entregar una muestra de los primeros intentos de definir las humanidades en el sentido moderno, que con algunas modificaciones permanece vigente hasta nuestros días. Leonardo Bruni, nacido en Arezzo entre 1369 y 1374, muerto en Florencia en 1444, pertenece a aquellas primeras generaciones de humanistas italianos que se esforzaron por definir los contenidos y los métodos de los *studia humanitatis* —estudios de humanidad— en oposición por una parte a los estudios teológicos y a las investigaciones científico-naturales por la otra.

Discípulo de Coluccio Salutati, Bruni se inscribe en la tradición intelectual que tuvo su nacimiento en los escritos humanísticos de Petrarca. Se distinguió principalmente como traductor de autores griegos: Platón, Aristóteles, Demóstenes, Jenofonte, Plutarco, etc., pero también como historiador de Florencia y como filósofo moral. Desde 1427 hasta su muerte ocupó el cargo de canciller de la Señoría de Florencia. Para Bruni, como en general para los humanistas de su tiempo, no había oposición ni incompatibilidad entre las tareas intelectuales y las actividades políticas. Puesto que la cultura, como lo ha dicho Baron, parafraseando el pensamiento de Bruni, “requiere el cultivo de las artes libre y ‘humanas’ (las *artes liberales et ingenuae* y los *studia humanitatis*) por hombres que en la vida práctica posean suficiente ocio y fuerza interior para pensar más allá de las sollicitaciones materiales de la existencia, el florecimiento cultural es inseparable del poder e independencia estatales, de la totalidad de las condiciones de la vida política. Sin libertad política los estudios no encuentran el material humano adecuado” (p. xvii).

El opúsculo *DE STUDIIS ET LITTERIS* fue escrito entre 1422 y 1425. Presenta una concepción de los *studia humanitatis* que se opone abiertamente a la noción medieval de las artes liberales y la sustituye. Hay en él, por lo

pronto, un nuevo canon de los “autores” cuyo estudio debe concentrar los esfuerzos del educando. La autoridad de los “autores” ya no es establecida por razones puramente doctrinarias; ellos deben constituir modelos no tan sólo de ciencia sino también del “bien decir”. Se percibe aquí el eco de la noción ciceroniana, desarrollada luego por Quintiliano, del *vir bonus dicendi peritus*, —el hombre bueno que se expresa sabiamente— en quien deben amalgamarse la sabiduría y la elocuencia para formar una indestructible unidad. Dentro de esta línea de pensamiento, Bruni reclama la compenetración recíproca de la *peritia litterarum* —la pericia en las letras, equivalente a la elocuencia de los antiguos— y de la *scientia rerum* —el conocimiento de las cosas, vale decir, la sabiduría— como el fundamento sobre el cual descansa la formación humanística. Con ello, ofrece una interpretación concreta y desarrollada de la tesis de Cicerón que reivindica la unidad fundamental de las *res* y los *verba*, de las cosas y las palabras, de los hechos y las teorías, de las circunstancias concretas y el pensamiento<sup>1</sup>.

Con respecto a las antiguas disciplinas del *trivium*, el opúsculo revela que el programa de Bruni recoge la “gramática” en toda su amplitud y con la consiguiente prolijidad. La retórica, en cambio, no es preservada en forma explícita. Pero es necesario tomar en consideración que Bruni —que confiesa por los demás abiertamente su inclinación personal hacia esta disciplina— sólo excluye a la llamada retórica forense o judicial, y esto en razón de que su opúsculo define un programa destinado a la formación de una mujer que nunca se verá llamada a defender una causa ante los tribunales. Las otras formas de la retórica —la deliberativa y la demostrativa— están representadas en el programa en la medida en que éste exige la lectura y el estudio de los escritores sagrados, de los oradores y de los historiadores. La dialéctica tampoco aparece mencionada, si bien no es del todo ajena al estudio de la literatura teológica y de la filosofía moral, el cual es requerido en forma explícita. Es muy probable, asimismo, que Bruni haya mirado con recelo a la dialéctica, por cuanto debe de haber compartido con otros humanistas de la primera mitad del siglo XV la característica actitud antiescolástica que encuentra su expresión, por ejemplo, en un Lorenzo Valla. De aquí, presumiblemente, su rechazo de la nueva literatura teológica. En lo que al *quadrivium* se refiere, es expresa la exclusión del programa de las disciplinas matemáticas y de la astronomía; la “música”, en cambio, debe de haber quedado preservada, en el sentir del autor, a través del estudio de la poesía<sup>2</sup>. En suma, frente al sistema de las artes liberales, Bruni nos ofrece un plan de organización de los estudios que se funda en criterios completamente nuevos.

En lo que toca a la concepción de la poesía, los planteamientos de Bruni son muy representativos de los que prevalecerán en el humanismo italiano. La comprensión de la poesía clásica como literatura alegórica estaba bastante generalizada durante la Edad Media y los humanistas no

intentaron innovar al respecto. La noción del poeta como *vates*, como profeta, tiene también antecedentes medievales, pero es presumible que Bruni la haya tomado directamente de su maestro Coluccio Salutati<sup>3</sup>.

La carta a Niccolo Strozza fue escrita por Bruni entre 1430 y 1434. Ella complementa en cierto modo al *DE STUDIIS ET LITTERIS*, por cuanto el autor la utiliza para fijar su posición con respecto a los estudios de jurisprudencia. Es digno de notarse que Bruni se aparta aquí apreciablemente de la doctrina de Salutati. Bruni señala que la filosofía moral supera en valor y tiene primacía sobre el derecho, porque este último no aspira a la finalidad de hacer al hombre moralmente bueno. Salutati, por el contrario, había sostenido que el derecho, en la medida en que orienta y dirige todas las actividades sociales humanas, tiene como fin el bien moral, bajo la forma específica del bien común. Y en consonancia con su teoría voluntarista, la cual asigna a la voluntad un lugar más alto que a la intelección entre las facultades humanas, Salutati atribuyó al bien moral, objeto del derecho, una primacía sobre el bien metafísico. “El principio y la regla de nuestros actos”, escribe, “que es el derecho, tiene como objeto al bien, del que, como dijimos, nadie negará que es más noble que la verdad [. . .]. El bien que es objeto del derecho es [permanentemente] tal cual es y verdadero, bondad de la naturaleza y de las costumbres, que hace bueno a quien lo posee”<sup>4</sup>.

El texto que ha servido de base a nuestra traducción del *DE STUDIIS ET LITTERIS* es la edición crítica de Hans Baron titulada *Leonardo Bruni Aretino, Humanistisch - philosophische Schriften mit einer Chronologie seiner Werke und Briefe, Teubner, Leipzig - Berlin, 1928*, que publicó el Instituto de Historia Universal y Cultural de la Universidad de Leipzig. La carta a Niccolo Strozza ha sido tomada de *La Disputa delle Arti nel Quattrocento, Vallecchi, Firenze, 1947*, que es una colección de textos de humanistas preparada por Eugenio Garin y publicada por el *Istituto di Studi Filosofici*. Las palabras entre paréntesis cuadrados han sido agregadas para facilitar la comprensión.

Joaquín Barceló

## DE LOS ESTUDIOS Y DE LAS LETRAS

A LA SEÑORA BATTISTA DE MALATESTA <sup>5</sup>

Impulsado por las reiteradas noticias de tus admirables virtudes decidí escribirte, ya para felicitarte por haber alcanzado esa perfección de tu ingenio, del que he escuchado cosas tan grandes y magníficas, ya para exhortarte mediante esta carta a alcanzarla. No me faltan ejemplos de famosísimas mujeres que se distinguieron por sus letras, sus estudios y su elocuencia, en virtud de cuyo recuerdo puedo estimularte para dicha excelencia. Así es como muchos siglos después de su muerte se conservaban aún las cartas, escritas en elegantísimo estilo, de Cornelia, hija de Escipión el Africano, y como los libros y poemas de Safo fueron tenidos por los griegos en el más alto honor debido a su singular elocuencia y arte literaria. También fue Aspasia, en tiempos de Sócrates, una mujer instruidísima y sobresaliente en la elocuencia y las letras, de quien no se puede ocultar que algo aprendió un filósofo tan grande como Sócrates. Hubo también otras de las que podría hablar, pero será suficiente haber recordado estos tres ejemplos de mujeres célebres. Te ruego que endereces y eleves tu espíritu a la preeminencia de ellas. Porque no se te ha dado en vano inteligencia tan grande ni ingenio tan singular, y tampoco conviene que te satisfagas con cosas mediocres, sino que debes mirar y aspirar a lo más alto. Y tu alabanza será mayor que lo que fue la de ellas, porque ellas florecieron en siglos en que había gran abundancia de personas instruidas, de modo que su gran número hacía disminuir la admiración, mientras tú vives en estos tiempos en que los estudios han decaído tanto que parece milagro ver un varón —no diré una mujer— que posea instrucción. No me refiero a esa instrucción vulgar y perturbada como es la de aquellos que hoy profesan la teología, sino a aquella legítima y natural que une la pericia en las letras (*litterarum peritiam*) con el conocimiento de las cosas (*rerum scientia*), como la que poseyeron Lactancio Firmiano, Aurelio Agustín o Jerónimo, teólogos sin duda eminentes y perfectos escritores. Hoy, sin embargo, avergüenza cuán mal conocen las letras quienes profesan aquella ciencia.

Pero he entrado por una puerta que no quería. Continuaré, pues, mi discurso, no para instruirte u orientarte, pues estimo que no lo necesitas, sino para darte a conocer lo que yo mismo pienso.

Estimo que un ser humano que aspire a esa excelencia a la que te llamo, necesita en primer lugar una pericia en las letras no exigua ni vulgar, sino grande, familiar, precisa y reconcentrada, y que sin este fundamento nadie puede edificar nada elevado o magnífico. Porque quien no haya sido educado en esta pericia no será capaz de entender adecua-

damente los escritos de las personas doctas, ni podrá tampoco escribir sin ser tenido por ridículo. Para adquirir dicha pericia no sólo es importante la enseñanza sino también, y mucho más, nuestra diligencia y cuidado. Ciertamente, acerca de la enseñanza apenas es necesario decir algo. ¿Quién no sabe, en efecto, que el ingenio debe impregnarse y ser iniciado por las acciones del preceptor, para que no sólo reconozca las partes y su estructura sino también los detalles más elementales del discurso? Captamos ciertamente estas cosas casi como en sueños durante la niñez; más tarde, ya mayores, no sé de qué modo las traemos a la boca, como si las rumiáramos, para extraerles sólo entonces su jugo y su verdadero sabor. Hay otro género más exigente de enseñanza, no tan apropiado para los niños como para los adultos; es el de los llamados gramáticos, quienes con largo esfuerzo lograron resultados particulares en la búsqueda de cierta disciplina de las letras. En este grupo puede incluirse a Servio Honorato y a Prisciano de Cesarea. Pero, créeme, todo lo supera y lo vence nuestra diligencia. Esta no sólo nos abre y nos muestra las palabras y las sílabas, sino también los tropos, las figuras y todos los ornamentos y bellezas del discurso. Por ésta nos formamos y nos educamos; gracias a ella aprendemos muchas cosas que apenas podrían ser enseñadas por un maestro: la sonoridad, la elegancia, la composición, la gracia. Lo principal de esta diligencia es atender a que nos dediquemos únicamente a la lectura de aquellos libros escritos por los mejores y más probados autores de la lengua latina, y que evitemos los que están escritos sin pericia ni elegancia como si fueran una calamidad y una deshonra de nuestro ingenio. La lectura de escritores vulgares y necios imprime sus vicios en el lector y corrompe su inteligencia con su contagio. Es como el alimento del alma, con el que la inteligencia se empapa y se nutre. Por lo cual, así como aquellos que cuidan su estómago no ingieren cualquier alimento, así también el que quiere conservar la pureza de su alma no le permite cualquier lectura. Será, pues, la primera diligencia que no leamos nada que no sea óptimo y probadísimo; la segunda, que con agudo juicio hagamos nuestras esas cosas óptimas y probadas. Atienda el lector al lugar en que cada cosa está ubicada, a lo que denota cada expresión y al valor que tiene; y no examine tan sólo lo grande sino también los detalles, ya que conocerá desde la escuela cuántas son las partículas del discurso y cuál es la naturaleza de cada una de ellas.

El hábito y uso de tales cosas se obtendrá de los autores que se leen. Si, pues, la mujer que quiere conservar la pureza de las letras se deleita en los libros sagrados, dedíquese a Agustín y Jerónimo, así como también a otros semejantes, tales como Ambrosio o Cipriano de Cartago. Entre todos los que han escrito jamás acerca de la religión cristiana, ciertamente sobresale y se distingue por su brillantez y riqueza Lactancio Firmiano, varón sin duda el más elocuente de todos los cristianos, cuya abundancia

y arte del decir puede enseñar y estimular magníficamente al ingenio de que hablo. De este autor apruebo sobre todo aquellos libros que escribió *Contra la falsa religión*<sup>6</sup>, así como también *De la ira de Dios* y *De la creación del hombre*. Léelos, te ruego, si amas las letras, para que te empapes de su suavidad como de néctar y ambrosía. Pienso, además, que deberías leer obras de doctores griegos que hayan sido traducidas, ya sea de Gregorio Nacianzeno o de Juan Crisóstomo o de Basilio el grande, siempre que el traductor las haya vertido al latín sin haberlas pervertido. Si ha de deleitarse en los escritores mundanos, acérquese a Cicerón. ¡Qué varón, dioses inmortales! ¡Cuánta elocuencia! ¡Cuánta abundancia! ¡Qué perfección en las letras! ¡Cuán señalado por todo género de alabanzas! A él seguirá Virgilio, gloria y delicia de nuestras letras. Luego, Tito Livio, Salustio y otros, poetas y escritores, vendrán por su orden.

En estos autores penetre de preferencia, nútrase de ellos y cuide diligentemente que cada vez que haya de decir o escribir algo no use ninguna palabra que no haya encontrado antes en alguno de ellos. Aun será bueno leer algunas veces con voz medida. Hay, en efecto, no sólo en el verso sino también en la prosa, ciertas cantidades y una suerte de armonía, que son medidas y reconocidas por el oído, y hay algunas flexiones y gradaciones para que a veces se baje la voz y otras se eleve, y miembros y períodos vinculados entre sí con arreglo admirable, que también se hacen mayormente manifiestos en los mejores escritores. Cuando se lee en voz alta, éstos se hacen más patentes y llenan los oídos de cierta armonía que, una vez sentida, será imitada al escribir. De tal lectura se seguirá además que profiera las palabras a su debido tiempo, que no se apresure cuando hay que demorar ni demore cuando hay que apresurarse. Quisiera también que no sea [la mujer] ignorante del [arte de] escribir; y no me refiero al movimiento de los dedos —que si alguien lo posee, lo alabo, pero no es lo que importa ahora— sino a las letras y las sílabas. Sepa, pues, de qué modo ha de escribirse cada cosa y cuál es la naturaleza de las letras y sus mutaciones, qué letras pueden ir juntas y cuáles no admiten proximidad. Estas cuestiones, aunque sean minucias, constituyen un indicio importante de nuestra disciplina o descubren manifiestamente nuestra rudeza. También es menester haber aprendido y recitado la cantidad de cada una de las sílabas, a saber, si es larga o breve o indiferente. Este conocimiento es necesario porque hay muchas cosas que de otro modo no se pueden entender —como aquel verso de Virgilio: *Omnibus in morem tonsa coma pressa corona*<sup>7</sup> y cientos semejantes— y porque es la peor vergüenza para quien se dice letrado no respetar siquiera [la cantidad de] las sílabas; tanto más cuanto que una parte no despreciable de las letras consiste en versos, el verso en pies y el pie en la longitud o brevedad de las sílabas. Quien no la respeta, no llegó a entender qué puede prometerse a sí mismo de este género ni qué gusto puede hallar en los poetas.

También en el discurso en prosa este mismo conocimiento se revela necesario para el que escribe y el que dicta. En efecto, no porque la multitud no los sienta carece la prosa de pies; de ellos procede el sonido acariciador que deleita a los oídos. Importa sobremanera, como quiso Aristóteles, con qué pie hay que comenzar y con cuál se debe terminar, y qué pies hay que admitir o rechazar en el medio. Así, él aprueba principalmente el peán. Este es doble: consta o bien de una larga a la que siguen tres breves, o bien de tres breves con una larga final. El considera a este último apto para las cadencias, para los comienzos estima que conviene el primero, y piensa que en el medio es este mismo pie el que cae mejor<sup>8</sup>. Rechaza el dáctilo y el yambo en el medio, el uno por demasiado elevado, el otro por demasiado bajo<sup>9</sup>. Cicerón, por su parte, aprueba mayormente en las cadencias el dicoreo, que consta de dos troqueos<sup>10</sup>, el cdético, que está formado por una larga, una breve y una larga, y aquel peán de que hablé más arriba. Considera que en el medio conviene más el yambo si usamos estilo bajo y humilde<sup>11</sup>, y el dáctilo o el peán o el dóquimo (que tiene cinco sílabas: una breve, dos largas, una breve y una larga) si usamos un estilo más elevado; estima igualmente que el dóquimo cae bien en todas las partes<sup>12</sup>. No cabe duda de que se deben emplear pies distintos para las disputas, para los relatos o para las quejas. En efecto, la ira y la excitación del ánimo repudian al espondeo<sup>13</sup>, no admitiendo sino rapidez y velocidad. En cambio, al narrar algo o al enseñar, el estilo exige calma y firmeza, de modo que no admite los pies que corren fácilmente. Todo discurso es puesto en movimiento por sus pies; si el que escribe los ignora, necesariamente caminará como en tinieblas, sin guía confiable, avanzando al azar.

Habrán acaso muchos a quienes esta preocupación mía les parecerá exagerada. Recuerden, sin embargo, que hablo del alto ingenio y del que se promete a sí mismo todo lo más excelente. Que los mediocres, por tanto, caminen o más bien repten como puedan. Ciertamente, nadie alcanzará lo más alto si no estuviere habituado al uso y empapado en la disciplina de todas estas cosas. Por consiguiente, éste es mi parecer acerca de las letras: que no se ignore nada que pueda pertenecer al uso, y además que se imite el brillo, la elegancia y todos los agrados del discurso, para que se tenga, como ya dije, un abundantísimo material de ordenamiento y ornamentación para todo género de literatura, que pueda ser sacado y puesto en manifiesto cada vez que sea menester. Y dado que, según dijimos, la instrucción legítima consta de la pericia en las letras y del conocimiento de las cosas, y que ya expresamos lo que nos parece acerca de las letras, añadamos ahora lo que concierne al conocimiento.

Quisiera, pues, que este ingenio, que promete cosas tan altas y excelentes, esté poseído de un ardentísimo deseo de aprender, de modo que no desestime ninguna disciplina, que nada tenga por ajeno a sí, y

que sea arrebatado y encendido con maravillosa avidez al conocimiento y comprensión de las cosas. A éste, ardiente e incitado por sí mismo, en parte le ayudaré con estímulos y le animaré con mis palabras, pero en parte también le aplicaré frenos y lo llamaré a retirada. Porque existen ciertas disciplinas que, si bien no es bueno ignorarlas por completo, tampoco es prestigioso cultivarlas hasta el extremo, como son la geometría y la aritmética, en las que si se persevera en consumir mucho tiempo en ellas y en querer aclarar todas sus sutilezas y oscuridades, no puedo prestar mi apoyo. Otro tanto hay que decir de la astronomía, y aun acaso de la retórica. Con disgusto lo digo de esta última, porque si alguien entre los vivos ha tenido inclinación hacia ella, yo me declaro primero en su número. Pero en muchas cosas debo tener medida y en primer término debo mirar a quién escribo. ¿Para qué se esforzará una mujer con las sutilezas de los *estados de las cuestiones*, con la preocupación de los *epiqueremas*<sup>14</sup>, con los llamados *crinomena*<sup>15</sup> y con mil otras dificultades de esa arte, si nunca ha de presentarse en el foro? Por cierto, aquella acción artificiosa que los griegos llaman *hypocrisis* y los nuestros *declamación*, a la que Demóstenes atribuyó el primero, el segundo y el tercer lugar en importancia<sup>16</sup>, así como es imprescindible al actor, no debe ser ejercida en absoluto por una mujer, pues si al hablar agita los brazos o lanza gritos vehementes parecerá fuera de su juicio y digna de ser maniatada. Estas cosas son propias de varones; como las guerras y las batallas, también las luchas y debates del foro. No ha de aprender, pues, la mujer a hablar a favor o en contra de los testimonios, ni a favor o en contra de los suplicios, ni a favor o en contra de los rumores, ni ha de ejercitarse en los tópicos, ni ha de meditar en los interrogatorios de doble lazo ni en las respuestas capciosas; deje, en suma, a los varones toda la dureza del foro.

¿Cuándo aplicaré, entonces, las espuelas? ¿Cuándo estimularé al que corre? Si se entrega a aquello que se vincula con la religión o con la vida buena, entonces insistiré en que persista en su dedicación, en que se aplique a ello con toda el alma, en que persevere de día y de noche. No será ocioso decir algo de estas cosas en particular. En primer lugar, dedíquese la mujer cristiana al conocimiento de la literatura sagrada. ¿Qué otra disciplina podría aconsejarle como la primera? Acerca de ella, averigüe, examine y resuelva muchas cosas. Pero estime a los antiguos escritores de ésta, y a los modernos hónrelos y venérelos, si son hombres buenos, pero no se ocupe demasiado con sus restantes escritos. En efecto, ¿habrá algo que una mujer instruida pueda aprender en estos otros y no pueda aprender en Agustín? Tanto más cuanto que él nos entrega un discurso sabio y digno de ser escuchado, mientras que estos otros nada traen por lo que merezcan ser leídos. Pero no quisiera que se limitara a la literatura sagrada, sino que extendiera sus estudios también a la profana. Considere qué cosas han transmitido los ingenios excelentes de los

filósofos acerca del bien vivir, de la continencia, de la temperancia, de la modestia, de la justicia, de la fortaleza, de la liberalidad. No ignore cuál es el parecer de los filósofos acerca de la vida feliz. ¿Acaso es suficiente la virtud misma para vivir con felicidad? ¿La impiden los tormentos, la cárcel, el exilio y la pobreza? Y si estas cosas le ocurren a un hombre feliz, ¿lo hacen acaso desgraciado? ¿O sólo le arrebatan la felicidad, pero sin aportarle infortunio? Además, ¿consiste la felicidad humana en el placer y en la ausencia de dolor, como le pareció a Epicuro, o en la honra, como pensó Zenón, o en el ejercicio de la virtud, como sostuvo Aristóteles? Estas cosas, créeme, son importantísimas y altamente dignas de nuestro conocimiento. Y no son útiles tan sólo para dirigir nuestra vida, sino que también confieren abundancia admirable a todo discurso, tanto en el decir como en el escribir.

Estas dos cosas, lo que se refiere a la religión y lo que concierne al vivir bien, le serán propuestas como lo más importante. Las demás se relacionan con éstas como auxiliares o como una suerte de adorno. Por lo pronto, esa admirable excelencia humana, que exalta un nombre ínclito con fama verdadera, no se obtiene sin un conocimiento de muchas y diversas cosas. Así, es pertinente recoger y acumular conocimientos leyendo mucho y aprendiendo en todas partes, investigar y escudriñar todas las cosas en todos sus aspectos para alcanzar algún provecho de nuestros estudios. Pero debe haber en esto una selección diligente y una destinación circunspecta del tiempo para que se anteponga siempre lo mejor y lo más útil. Conviene, pues, añadir a los estudios de que hablé antes, en primer lugar, el conocimiento de la historia, que en ningún caso debe ser descuidado por las personas estudiosas. Es, en efecto, útil y decoroso conocer, por una parte, el origen y desarrollo de la propia nación y, por la otra, las hazañas de los pueblos libres y de los grandes reyes tanto en la guerra como en la paz. El saber de lo pretérito dirige a la prudencia y al consejo, y los resultados de las iniciativas semejantes nos estimulan o nos disuaden antes de emprender algo. Además, en ninguna otra parte se hallará más convenientemente que en la historia la abundancia de ejemplos con los cuales es oportuno a menudo ilustrar nuestras palabras. Hay también en este campo un grupo egregio y descollante de escritores, que se distingue por su ornamentación y su brillo, a quienes es valioso leer en razón del ejercicio de las letras; me refiero a Tito Livio, Salustio, Tácito, Quinto Curcio y, sobre todo, a César cuando explica en sus comentarios sus propias hazañas con extrema facilidad y belleza. Lea a éstos la mujer con gran deseo, y persevere en apropiárselos principalmente porque estudiarlos es un juego. En ellos, en efecto, no hay sutilezas ni problemas que elucidar, porque la historia consiste en la narración de cosas facilísimas. Una vez que ella se ha apoderado del ingenio de que hablo, su recuerdo permanece en él para siempre. También insistiré en que [la

mujer] no descuide leer a los oradores. ¿Quién, en efecto, acostumbra exaltar con más ardor las virtudes o fulminar más atrozmente los vicios? De ellos aprendemos a alabar las cosas bien hechas y a detestar la maldad; de ellos, a consolarnos, a alentarnos, a animarnos y a amedrentarnos. Y si bien es cierto que estas cosas conciernen a los filósofos, sin embargo, la ira, la misericordia y toda suscitación y represión del ánimo están, de alguna manera, en la potestad del orador. Sin duda, esos ornamentos de las palabras y de las frases que, a guisa de estrellas o de antorchas, iluminan y hacen admirable al discurso, son instrumentos propios de los oradores; al escribir y al hablar, nosotros los tomamos en préstamo de ellos para aplicarlos a nuestro uso cuando el asunto lo reclama. Tomemos de ellos, en suma, toda la riqueza de palabras, toda la fuerza y el adorno del decir, toda la vivacidad y el nervio del discurso.

Quiero, además, que lea y entienda a los poetas. ¿Qué grande hombre ha existido que careciera de este conocimiento? Aristóteles, por cierto, cita frecuentemente de memoria y retiene con facilidad los versos de Homero, de Píndaro, de Eurípides y de los demás poetas, de tal modo que se echa de ver que los estudió no menos que a los filósofos. También Platón utiliza a los poetas con mucha frecuencia, se les halla en todas partes y aparecen aquí y allá [en sus obras], y a menudo él confirma con la suya la autoridad de ellos. Si esto puede decirse de los griegos, ¿qué de los nuestros? ¿Acaso se muestra Cicerón poco compenetrado del conocimiento de los poetas si, no satisfecho con Ennio, Pacuvio, Accio y los restantes nuestros, tradujo además al latín los poemas de los griegos y llenó sus libros con ellos? Y Séneca, varón sobremanera duro y severo, ¿no escribió poemas él mismo y a veces no hacía otra cosa que componer versos? No hablo de Agustín, de Jerónimo, de Lactancio, de Boecio, cuyos escritos y polémicas muestran cuán grande fue su conocimiento de los poetas. En mi opinión es de algún modo manco en las letras quien no los haya estudiado. Porque los poetas han dicho muchas cosas sabiamente y muy a propósito acerca de la vida y de las costumbres, y en ellos se encuentran los principios y causas de la naturaleza y de la generación y, en cierto modo, las semillas de todas las doctrinas; tienen gran autoridad por su sabiduría y su dignidad de expresión, supremo esplendor por su elegancia y cierta naturalidad digna de hombres libres, de modo que quien no la posea aparece más bien como menos que rústico. ¿Qué falta en Homero para que no pueda ser tenido por el más sabio en todo género de sabiduría? Hay quienes demuestran que su poesía es toda ella una doctrina de la vida, dividida en tiempos de guerra y de paz. En la guerra, ¿qué previsión de los jefes, qué astucia o valor de los guerreros, qué clase de insidias para temerse o para hacerse, qué advertencias, qué consejos han sido olvidados por él? Eneas, jefe de los troyanos en un combate, rechazó a los griegos con gran fuerza hacia el campamento; cuando ya los apre-

miaba audazmente y enfrentaba todo su ejército al campo enemigo, corrió Héctor hacia él y le instó a obrar con cautela y circunspección, haciéndole ver que quien manda un ejército no debe ser tan audaz como precavido<sup>17</sup>. ¡Cuán valioso es este precepto, oh dioses inmortales, tanto más cuanto que viene del audacísimo Héctor! Algunos capitanes de nuestro tiempo, sin acatar este consejo y actuando con más audacia que cautela, han incurrido en grave ruina y miserable derrota suya y de los suyos. En el mismo poeta, Iris, enviada hacia el Atrida, como lo hallara durmiendo, lo reprendió con sus palabras diciéndole que no debía dormir el hombre a quien se le había encomendado la salvación de los pueblos y a quien correspondía la previsión de tantas y tan importantes cosas<sup>18</sup>. ¡Cuán sabio es este precepto, consejo, advertencia o como se prefiera llamarlo! ¿Qué consejo mejor o más importante habrían podido dar Sócrates o Platón o Pitágoras a un general? Miles de cosas de esta clase concernientes a la guerra hay en este poeta, y yo las referiría gustoso si no temiera ser demasiado prolijo. Y en lo que toca a la paz, no las hay menos ni menos egregias.

Y bien, para no atribuirlo todo solamente a Homero y a los griegos, ¡cuánto hay que estimar la sabiduría de nuestro Virgilio! Como proveniente de un oráculo o de un sagrario de la naturaleza revela aquello de:

“Desde el principio al cielo, a las tierras, a los vastos mares, a la esfera luminosa de la luna y a los soles nutre interiormente un espíritu; infundiéndose por sus quicios, un alma mueve a toda la mole y se mezcla con el inmenso cuerpo. De aquí proceden las razas de los hombres, de las bestias, de las aves y de los monstruos que el mar oculta bajo su marmórea superficie; ígnea es su fuerza vital y celestial el origen de sus simientes” y lo que sigue<sup>19</sup>.

Al leer esto, ¿a qué filósofo no menospreciaremos? ¿Quién habló jamás de la naturaleza del alma con tanta ciencia y claridad? Pero, ¿qué? Si el mismo poeta, como si estuviera lleno de espíritu divino, vaticina con anterioridad la venida del Salvador diciendo:

“Ya llega la última edad del canto [de la Sibila] de Cumas, nace otra vez un orden grande de los siglos. Ya vuelve la virgen, vuelven los reinos de Saturno; una nueva raza desciende ya desde el alto cielo”<sup>20</sup>.

Así, entonces, los más sabios de los antiguos nos han transmitido que un espíritu divino reside en los poetas y por eso los llamaron *vates*, porque no hablan tanto por sí mismos cuanto por cierta excitación del espíritu e inspiración divina; aunque Virgilio se remite aquí a la Sibila de Cumas, Lactancio concuerda en que ésta predijo la venida de Cristo<sup>21</sup>. La Sibila, pues, vaticinó la venida de Cristo, pero no manifestó abiertamente en qué

tiempo vendría; Virgilio, en cambio, nacido muchos siglos después que la Sibila, reconoció la llegada de esa edad y anunció, admirado y estupefacto, la *nueva raza descendida del cielo*. ¡Y algunos niegan que haya que leer a los poetas, género literario divino, como dije verdaderamente! Cosa es ésta que sólo acostumbran hacer quienes, carentes de instrucción en toda disciplina decorosa, ni entienden ni aprecian excelencia alguna en las letras. Al considerar estos estudios nuestros, a mí me parece, en cambio, que el conocimiento de los poetas es necesario antes que los restantes, ya por la utilidad de que hablé más arriba y por la varia noticia de muchas cosas, ya por el brillo excelentísimo de su discurso. Además, de todos los estudios, ninguno hay que nos quite menos tiempo, porque [a los poetas] se los aprende en la niñez, cuando no estamos en situación de dedicarnos a otras cosas, y permanecen en la memoria atados por recios vínculos, viajan junto con nosotros y, sin necesidad de libros, acuden aquí y allá a la memoria, de modo que al hacer otra cosa también se hace ésta. Cuán grande sea la adecuación de la naturaleza de ésta [¿de la niñez?] a la poesía, se echa de ver a mi juicio en que, por lo general, las personas no educadas, aun cuando ignoren las letras y la doctrina, se deleitan, si tienen ingenio, en producir rudamente ciertos sonidos y ritmos. Aunque puedan decirlo mejor en prosa, estiman sin embargo haber hecho algo ciertamente digno de oírse si lo encierran en ritmos y metros. Aun más; aunque las solemnidades litúrgicas hayan sido embellecidas con todo cuidado, con frecuencia, empero, cuando estamos en el templo, nuestro espíritu dormita y bosteza. Si en medio de éstas, sin embargo, el coro entona himnos tales como *Primo dierum omnium*, o *Iste Confessor*, o *Ut queant laxis resonare fibris*<sup>22</sup>, ¿quién tendrá el espíritu tan apegado a la tierra que no eleve su alma como si despertara? Por lo cual algunos de los antiguos opinaron que nuestra alma es una armonía y un número, por cuanto se observa que todas las cosas se regocijan mayormente con lo que por naturaleza les es semejante y emparentado, y nada hay entre todas las cosas que alegre y acaricie a nuestro espíritu tanto como la armonía y el número<sup>23</sup>. Pero estas cosas son mayores que lo que el presente demanda. Sólo quiero que se entienda esto: nosotros somos llevados por nuestra naturaleza a la poesía más que a otro género de letras, y en ella reside máxima utilidad, deleite y naturalidad; quien la ignora se muestra mínimamente educado en las [artes] libres.

Comprendo que he sido en esta parte más prolijo de lo que al principio me había propuesto; a la verdad, después que se comienza ocurren tantas cosas que es más difícil rechazar lo que aquí y allá se ofrece que hallar lo que se quiere decir. Por otra parte, no lo he hecho a pesar mío, porque sé que un príncipe de vuestra familia se mostraría en desacuerdo si por ventura oyera estas cosas, siendo él un hombre nacido para las más grandes cosas y distinguido por muchas y altas virtudes, pero tan pertinaz

en las disputas que siempre defenderá lo que dijo alguna vez<sup>24</sup>. Este, pues, porque una vez negó que se debiera leer a los poetas, insistirá en su error hasta la muerte. Pero no deseo disputar contra él, menos aún por escrito, ya que le debo reverencia también cuando está ausente, sino que preguntaré más bien a otros que persiguen a los poetas por qué razón piensan que no se les debe leer. Los cuales, como nada hay que puedan imputarles, dicen, sin embargo: porque en ellos se narran amores licenciosos y deshonestos. Yo, en cambio, me atrevería a afirmar que en ningún escritor es posible hallar tantos ejemplos de pudor y de buenas acciones como en los poetas, tales la fidelísima castidad de Penélope con respecto a Ulises, el increíble pudor de Alceste frente a Admeto y la admirable constancia de ambas durante la ausencia y ante las calamidades de sus maridos. Muchas cosas de esta clase se leen en los poetas, que son grandes enseñanzas para la vida matrimonial. Porque cuando describen amores como el de Febo y Dafne, o el de Vulcano y Venus, ¿quién es tan obtuso que no comprenda que se trata de cosas fingidas y que poseen otro significado? Por último, estas cosas que se condenan son poquitas, y muchísimas en cambio las buenas y dignas de conocerse, como lo demostré arriba en torno a Homero y Virgilio. Es, por tanto, sumamente injusto olvidar lo que es digno de verdadera alabanza y recordar tan sólo lo que ofrece algún aspecto reprochable. “No quiero mezclar las cosas”, me dice alguno severamente, “y más bien dejaré lo bueno por miedo de lo malo antes de caer en lo malo esperando lo bueno; y así, no leeré a los poetas ni permitiré tampoco que otros los lean”. ¡Pero los leían Platón y Aristóteles, quienes de ninguna manera te van en zaga por la gravedad de sus costumbres y por su inteligencia de las cosas! ¿Acaso crees discernir tú algo que ellos no vieran? “Soy cristiano”, dice. Pero ¿vivieron ellos acaso de manera antojadiza? ¡Como si la honestidad y la seriedad de las costumbres no hubieran sido entonces las mismas que hoy! ¡O, como si estas mismas cosas, y aun peores, no se encontraran en los libros sagrados! Los amores casi insanos de Sansón, su cabeza robustísima puesta sobre las rodillas de una mujerzuela y los cabellos de su fortaleza cortados, ¿es esto poético o licencioso? Paso en silencio el crimen indecible de las hijas de Lot y la obscenidad execrable de los habitantes de Sodoma, vergüenzas que yo mismo, ¡por Hércules!, que alabo a los poetas, me niego por completo a recordar. ¿Y qué diremos al ver la pasión de David por Betsabé y su crimen contra Urías, el fratricidio de Salomón y su corte tan numerosa de concubinas? ¿Acaso porque estas cosas son malas, licenciosas y obscenas negaremos que deban leerse los libros sagrados? De ningún modo. Tampoco, por consiguiente, debe rechazarse a los poetas porque en ellos se encuentren en ocasiones algunas cosas escritas para deleitación de los hombres. En verdad, cuando leo en Virgilio los amores de Dido y Eneas, acostumbro admirar el ingenio del poeta, pero no atiendo para nada a la

cosa misma, porque la sé ficticia. Lo mismo me ocurre con las otras ficciones de los poetas. No mueven ciertamente mi ánimo, porque entiendo que son fabulosas y que poseen otra significación. Cuando leo, en cambio, en los libros sagrados lo que sé verdadero, me dejo guiar por ello. Con todo, para no ser pertinaz, quisiera ceder un tanto en mi juicio, sobre todo escribiendo a una mujer. Concederé, por tanto, que así como el pueblo se divide en la nobleza y la plebe, también entre los poetas existen ciertos niveles de dignidad. Si, pues, un poeta cómico esconde un argumento no suficientemente púdico, o un poeta satírico reprueba algún vicio de manera demasiado abierta, no lea ni mire estas cosas la mujer. Son como el vulgo de los poetas. Pero a aquellos eminentes, como Virgilio, Séneca, Estacio y los restantes de esta clase, si no los lee, sepa que le faltará el mayor ornamento de las letras; y no espere lo más alto quien carezca de éste.

En suma, esta excelencia de que hablo no se alcanza sino por el conocimiento de muchas y diversas cosas. Así, hay que haber visto mucho y haber leído y estudiado a los filósofos, a los poetas, a los oradores, a los historiadores y a todos los demás escritores. De esta manera resultará algo pleno y suficiente, de modo que nos mostremos abundantes, variados y elegantes, en nada rudos o vacíos. Hay que añadir, además, una pericia en las letras no ligera ni despreciable. Estas dos cosas se auxilian y se complementan recíprocamente. Porque las letras son estériles y vacías sin el conocimiento de las cosas, y éste, por muy grande que sea, se mostrará recóndito y oscuro si carece del esplendor de las letras. ¿De qué servirá saber muchas y muy bellas cosas si no se puede hablar de ellas con dignidad ni ponerlas por escrito sin provocar risa? Así, pues, la pericia en las letras y el conocimiento de las cosas están de algún modo conjugados. Unidos, llevaron a la celebridad y a la gloria a aquellos antiguos cuya memoria veneramos: Platón, Demócrito, Aristóteles, Teofrasto, Varrón, Cicerón, Séneca, Agustín, Jerónimo, Lactancio, en todos los cuales apenas se puede discernir si fue mayor el conocimiento de las cosas o la pericia en las letras.

Para terminar, pues, sostengo que el ingenio que promete todo lo más alto de sí debe estar conformado por estas dos cosas, y para unirlas hay que leer mucho y retener mucho de todas partes; debe tenerse cuenta del tiempo —ocúpese siempre con lo mejor y lo más útil, y no con lo demasiado oscuro o poco provechoso—; me parecen fundamentales los estudios de la religión y del bien vivir, ya que todos los demás se remiten a éstos a modo de auxiliares que pueden ayudar o ilustrar, y en razón de esto hay que detenerse en los poetas y oradores y en los restantes escritores; en las letras se debe cuidar de que se dé una enseñanza natural y una penetración vigilante para que nunca leamos sino lo mejor y lo más aprobado.

Tienes así mi juicio sobre las letras y los estudios, acerca de los cuales, si por ventura eres de otra opinión, cederé con facilidad. Porque no te he escrito para darte lecciones —no presumo de tanto—, sino que, como si fuera el único de la multitud bien dispuesto hacia tu excelencia, quise confrontar mi opinión contigo y, como dicen, exhortar al corredor a la victoria. Adiós.

## CARTA A NICCOLO STROZZA

LEONARDO A NICCOLO STROZZA, SALUD

Mucho me ha alegrado la carta que recientemente me escribiste. Revela una naturaleza extraordinaria, que viene de tu ingenio, y una disciplina vigilante y capaz, fruto del estudio y de la diligencia. Por eso, al considerar tu edad y el sentido de dicha carta, ocurre que tu madurez me parece admirable y muy por encima de tus años. Y no dudo de que llegarás a ser un varón excelentísimo si a tí mismo no te faltas. Por lo cual te ruego que te esfuerces, que cada día añadas y acumules algo, considerando que en estos estudios te están reservadas grandes recompensas para el ordenamiento de tu vida y para la celebridad y gloria de tu nombre. Estas dos cosas tendrás, créeme, y también grandes riquezas, que nunca faltaron a los hombres célebres y adornados de virtudes que las desearon. Tienes un eximio maestro, cuya diligencia y asiduidad debes imitar. Tus estudios han de ser dobles; por una parte, en la pericia en las letras, pero no en la vulgar y común sino en una más diligente y abstrusa, en la que deseo con vehemencia que sobresalgas; por la otra, en el conocimiento de aquellas cosas que dicen relación con la vida y las costumbres, las que reciben el nombre de estudios de humanidad (*humanitatis studia*), porque perfeccionan y ornamentan al hombre<sup>25</sup>. Tu saber en este campo ha de ser variado, múltiple y tomado de todas partes, para que nada pases por alto que parezca relacionarse con la formación para la vida, con la virtud y con [lo que es digno de] alabanza; pienso que debes leer aquellos libros que no sólo puedan ayudarte por su doctrina sino también por la belleza de su discurso y por su excelencia literaria, como son los de Cicerón y los que se les asemejen. Si me escuchas, aprenderás los fundamentos y la disciplina de estas cosas de Aristóteles, pero tomarás de Cicerón el ornamento y la abundancia del discurso, todas las riquezas de las palabras y, para decirlo así, la destreza del lenguaje en estas mismas cosas. Quiero, en efecto, que el varón sobresaliente posea abundante conocimiento de

las cosas y que pueda iluminar y adornar, al decirlo, aquello que sabe. Nadie será capaz de hacer esto a menos que haya leído y aprendido mucho, y que haya recogido muchas cosas de todas partes. Así, es menester que no solamente sea instruido por los filósofos —lo que es el fundamento de estos estudios— sino que también los poetas, los oradores y los historiadores lo hayan preparado para que su discurso sea abundante, vario y en ninguna cosa tosco. Te explico todo esto brevemente, porque sé que has leído lo que en otra oportunidad escribí *De los estudios y de las letras*, donde expresaba o al menos bosquejaba la forma de esta disciplina. Si alcanzas, como espero, esta excelencia, ¿qué riquezas podrán compararse con las recompensas de tales estudios? Aun si la profesión del derecho civil es más vendible, es ampliamente superada, sin embargo, en utilidad y dignidad por estos estudios. Porque éstos se orientan por completo a hacer a un hombre bueno, y nada puede concebirse que sea más útil; el derecho civil, en cambio, no dice relación alguna con el hacer bueno al hombre. ¿Qué tiene que hacer el hombre bueno con la contención de las aguas lluvias o con el conocimiento de las postergaciones? ¿O será mejor alguien si opina que el hijo de la sierva se cuenta entre los frutos, que si no lo opina? Antes bien, el hombre bueno respetará los legados y cumplirá los deseos del testador aun si en el testamento faltó el requisito de los siete testigos. Pero el derecho civil dispone lo contrario. Además, la bondad y la virtud son estables, en tanto que el derecho cambia de acuerdo con los lugares y los tiempos, de tal modo que frecuentemente lo que es lícito en Florencia es ilegal en Ferrara. Para los grandes e ilustres varones, por cierto, esta ocupación mercenaria en los litigios y controversias no es suficientemente honesta. Del mismo modo, los que se distinguen por su nobleza o su fortuna se deleitan en las dignidades militares, pero considerarían más bien deshonoroso y poco digno de ellos un doctorado [en derecho civil]. Hay, sin embargo, tanta dignidad en los estudios de [que hablé] más arriba, que ningún príncipe ni rey recibirá honor de ser tenido por torpe en la ciencia de aquellas cosas y en la elocuencia. Alejandro fue entregado por su padre Filipo a Aristóteles, no para que aprendiera de él el derecho civil, que habría sido cosa mezquina para un rey tan grande, sino para que se formara en la doctrina de la vida y de las costumbres, y en la elocuencia. No hablaré del placer y la alegría de tales estudios, pues son tan grandes que es difícil apartar de ellos el espíritu. En el aprendizaje del derecho civil, en cambio, ¿qué hallaremos sino puro tedio? Por eso, no sin razón lo llamaron los antiguos la ciencia de los bostezos. Pero esto es suficiente. Me pareció mejor, al escribirte, hablarte de estas cosas y no de la amistad de nuestras familias y de nuestros padres: Esto otro puede esperar su oportunidad y no apremia. En cambio, no me pareció bien postergar una exhortación a estos estudios. Adiós.

## NOTAS

- 1 Cicerón, *De oratore*, III, 5: "Todo discurso consta de cosas y palabras, y las palabras no pueden tener fundamento si se quita la cosa, ni la cosa luz si se quitan las palabras". Cfr. además *ibid.*, III, 6, 16, 17 y 19 °.
- 2 Durante la Edad Media, el estudio de la poética era parte de la disciplina musical. Salutati, que veía a la poética como la coronación de las artes liberales, invirtió esta relación, de manera que la música quedaba, a su juicio, contenida en el estudio de la poesía. Cfr. *Colucii Salutati De laboribus Herculis*, ed. B. L. Ullman, Zurich, 1951, vol. I, cap. 3 sqq.
- 3 Cfr. C. Salutati, *De laboribus Herculis*, I, p. 16.
- 4 C. Salutati, *De nobilitate legum et medicinae*, ed. E. Garin, Firenze, 1947, p. 34.
- 5 Battista de Montefeltro, nacida en 1384 ca., casada en 1405 con Galeazzo Malatesta, señor de Pesaro, y muerta en 1447. Algunos manuscritos del opúsculo dan su nombre erróneamente como Isabella.
- 6 Es el libro I de las *Divinae institutiones* de Lactancio.
- 7 Virgilio, *Aeneis*, V, 556. El argumento de Bruni es el siguiente: sin conocimiento de la prosodia y de la métrica latinas es imposible establecer en este verso las concordancias de los cuatro nombres terminados en *a*, a saber, que *coma pressa* son nominativos y *tonsa corona* son ablativos.
- 8 Aristóteles, *Rhetorica*, III, 8, 1409 a 3 sqq. Cfr. También Cicerón, *De orat.*, III, 47; *Orator*, 193; Quintiliano, *De institutione oratoria*, IX, 4, 87.
- 9 Cfr. Cicerón, *Orator*, 192; Quintiliano, *Ins. orat.*, IX, 4, 88. El dáctilo está formado por una larga y dos breves, siendo el pie característico de la epopeya y la elegía; el yambo consta de una breve y una larga.
- 10 El troqueo está formado por una larga y una breve.
- 11 Se refiere a la teoría proveniente de la baja Antigüedad, que clasifica los estilos en tres clases (alto o sublime, mediocre y bajo o humilde) y exige que haya una correspondencia entre el uso de los recursos formales (léxico, metros, tropos) y el asunto de la obra.
- 12 Cfr. Cicerón, *Orator*, 197, 213 y 218.
- 13 El espondeo es un pie formado por dos sílabas largas.
- 14 Argumentos; *argumentum* o *ratiocinatio* en la retórica latina.
- 15 Juicios o sentencias; en latín, *de quo contenditur* o *iudicatio*.
- 16 *Pronuntiatio* la llama Bruni; corresponde a la *actio* de Cicerón. Cfr. Cicerón, *De orat.*, III, 56.
- 17 Homero, *Ilias*, VI, 77 sq., donde, sin embargo, es Heleno y no Héctor quien hace la advertencia.
- 18 Homero, *Il.*, II, 24 sq. Aquí, nuevamente, el mensajero es un sueño (*óneiros*) y no Iris.
- 19 *Aen.*, VI, 724 sqq.
- 20 Virgilio, *Eclogae*, IV, 4 sqq.
- 21 Posiblemente se refiere a Lactancio, *Divin. inst.*, VII, 24, 11-12.
- 22 El *Primo dierum* fue compuesto por Gregorio Magno (fines del siglo VI); el *Ut queant laxis* es un himno en honor de S. Juan Bautista escrito por Paulo Diácono en la segunda mitad del siglo VIII, célebre porque sus primeras sílabas se utilizaron para designar a los sonidos de la octava musical.

° El signo romano, corresponde a la numeración del libro y el árabe, a la del capítulo respectivo.

- <sup>23</sup> La doctrina del alma como número es de origen pitagórico; su combinación con la tesis de que *similia similibus comprehenduntur* (que también es de origen presocrático), recuerda las teorías de Hugo de San Víctor (1096-1141).
- <sup>24</sup> Carlo Malatesta, señor de Rímini, muerto en 1429, de quien se dice que, irritado por la fama de Virgilio, hizo arrojar en Mantua la estatua del poeta a las aguas del río Mincio.
- <sup>25</sup> Cfr. el siguiente pasaje de una carta de Salutati a Carlo Malatesta de Rímini: “Porque mediante este nombre [i.e., humanidad, *humanitas*] no sólo se designa a aquella virtud que también suele ser llamada benevolencia, sino además a la instrucción y al saber; en efecto, la plabra ‘humanidad’ tiene más contenido del que habitualmente se piensa. Los mejores autores, lo mismo Cicerón que muchos otros, usaron el término en el sentido de saber y de ciencia moral; y ello no es extraño, porque fuera del hombre no hay otro animal capaz de aprender (*doctrinabile*). De modo que, como aprender es lo propio del hombre y como los sabios son más humanos que los ignorantes, con mucha razón los antiguos incluyeron también el saber dentro de la [noción de] humanidad”. (*Humanistische Prosatexte aus Mittelalter und Renaissance*, ed. J. von Stackelberg, Tübingen, 1957, p. 63).

#### ABSTRACT

The translation of two Latin texts of Leonardo Bruni – to our notice the first into a modern tongue – made with an introduction and comments by Professor Joaquín Barceló, permits us to become acquainted with the first attempt to define the contents of humanistic studies which in a large measure has relevance to our own days and which, consequently, establishes paradigms for fruitful comparison with later criteria.